

dosas industrias usaron los santos para que esta verdad se les hiciese mas sensible! Unos, cuando les apretaba la tentacion, escribian estas palabras: *Si consiento en este peca do, consiento en ser condenado.* Otros, aplicando la mano ó los dedos á la llama, se preguntaban á sí mismos: *¿Cómo podré habitar por toda la eternidad en medio de los ardores sempiternos?* Muchos, en fin, se familiarizaban con este pensamiento y con esta importantísima verdad: *Si me salvo, será obra de mi Señor Jesucristo; si me condeno, será obra de mis manos.*

DIA VII.

MARTIROLOGIO.

EL TRIUNFO DE SAN PABLO, obispo de Constantinopla, en la misma ciudad; el cual por confesar la fe católica fué muchas veces depuesto de su silla por los arrianos, y restituido á ella por el papa S. Julio; por último el emperador Constancio, arriano, lo desterró á Cucusa, pequeña villa de Capadocia, en donde cruelmente martirizado por los mismos arrianos voló al reino celestial: su cuerpo fué trasladado con gran magnificencia á Constantinopla imperando Teodosio. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN LICARION, mártir, en Egipto; el cual despues de haberle descarnado y azotado con varas de hierro ardiendo, y padecido otros muy crueles tormentos, por último consumó el martirio habiéndole degollado.

LOS SANTOS MÁRTIRES PEDRO, PRESBITERO, WALABONSO, DIÁCONO, SABINIANO, VISTREMUNDO, ABENCIO Y JEREMÍAS, MONGES, en Córdoba de España. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN ROBERTO, abad, del orden del Cister, en Inglaterra.

SAN PABLO, OBISPO Y MÁRTIR.

FUÉ S. Pablo uno de los mas esclarecidos confesores de la divinidad de Jesucristo, y nació en Tesalónica de Macedonia hácia el principio del cuarto siglo. Criaronle sus padres en el santo temor de Dios; y habiéndole dotado el mismo Señor de excelente ingenio, de una índole apacible y de costumbres muy inocentes, en breve tiempo hizo maravillosos progresos en las letras humanas y divinas; pero singularmente en la importante ciencia de la salvacion.

Fué enviado á Constantinopla, siendo patriarca de aquella ciudad S. Metrófanes, y desde luego se hizo admirar en ella su ingenio, su elocuencia y su eminente virtud; de suerte, que ad-



S. PABLO O. Y M.

mitido en el cuerpo de la clerecía, fué nombrado por secretario del presbítero Alejandro, señalado por S. Metrófanes para asistir en su nombre al célebre concilio de Nicea, y con esta ocasion es probable que estrechó con S. Atanasio la fina amistad que los unió toda la vida. En ella conocieron tambien los arrianos que tenian en nuestro Santo uno de los mas formidables enemigos de su secta, y desde entonces comenzaron á perseguirle como á tal. El año 318 sucedió S. Alejandro á S. Metrófanes, y conociendo el singular mérito y la elevada virtud de Pablo, le ordenó de presbítero, y le encargó el cuidado de distribuir al pueblo el pan de la divina palabra.

Desempeñó tan felizmente este sagrado ministerio, que en breve tiempo mudó de semblante la ciudad de Constantinopla inficionada ya de muchas herejias, y desacreditada con la licencia de las costumbres. Predicando tanto con sus ejemplos como con sus palabras, y no menos poderoso con sus virtudes que elocuente en sus discursos; hizo triunfar la fe, florecer la piedad, y desde entonces se declaró infatigable azote del arrianismo. Pocas horas antes de espirar S. Alejandro protestó á su clero, que no hallaba sugeto mas digno de sucederle que el santo presbítero Pablo, cuya capacidad y virtud podian suplir la falta de los años, y que no debian atender á la resistencia que haria, sin duda, su humildad. Por mas artificios que usaron los arrianos para que la eleccion recayese en Macedonio, pudieron mas los católicos, y fué Pablo electo y consagrado en la basílica de la Paz con universal aplauso de clero y pueblo.

Tenia Macedonio tanta ambicion por aquella dignidad, como pocos deseos de ella nuestro Santo, y no perdonó á diligencia alguna para desacreditarle, procurando manchar su reputacion con las mas feas calumnias; pero viendo el ningun fruto de sus malignos esfuerzos, y que no podia su malicia disminuir el concepto que se tenia de su virtud y de la pureza de su fe, afectó mucho arrepentimiento, y se fué á echar á los pies del nuevo obispo, que le recibió con ternura; y juzgándole sinceramente convertido, le confirió los órdenes sagrados hasta elevarle á la dignidad de sacerdote.

En medio de eso, aunque no tenia fundamento ni verisimilitud la acusacion, como era una tela que habian urdido los arrianos, no la dejaron olvidar. Era como el jefe de esta secta Eusebio de Nicomedia, cuya ambicion mal satisfecha todavia con esta silla, adonde ascendió dejando la de Berito, jugaba todas las máquinas que podia mover para subir á la de Constantinopla, y le pareció que sosteniendo las acusaciones de Macedonio, tendria

crédito y le sobrarian parciales para perder al santo prelado. Siempre han costado poco á los herejes las mas atroces calumnias, y estando como sitiado de eusebianos el emperador Constantino, llenaron de tantas sus imparciales oídos contra el patriarca Pablo, que le desterró al Ponto, pero sin permitir que se pasase á elegir otro en su lugar; y no volvió el Santo de su destierro, hasta que muerto el emperador, salió el famoso decreto para que se restituyesen á sus iglesias todos los obispos desterrados.

Fácilmente se puede discurrir el gozo de las ovejas cuando vieron volver al santo pastor. Resonaban los gritos de regocijo por toda la ciudad; y como no tenía otros enemigos que los que lo eran de la religión, todos los católicos le salieron á recibir, y le condujeron, como en triunfo, á su silla patriarcal. El primer sermón que predicó á su pueblo, encendió en todos los estados el zelo y el fervor, no acertando á admirar dignamente la mansedumbre, la paciencia y la caridad del santo patriarca. No ignoraba los artífices de las groseras calumnias que le habían levantado; pero imitando fielmente á Jesucristo, jamás se le oyó alentar una queja, ni se descuidó en una sola palabra que sonase á justificación; ejemplo de moderación que hizo grande impresión en los ánimos, y obró portentosas conversiones.

Pero no duró mucho la calma; porque á la herejía nunca la desarma la virtud. Sucedió Constancio á su padre Constantino; y teniendo la desgracia de dejarse preocupar de los arrianos, no bien llegó á Constantinopla, cuando dió muestras de su indignación contra S. Pablo; tanto, que irritado mas y mas cada día por las sugestiones de los eusebianos, que continuamente le cercaban, resolvió despojarle de su silla. Mandó que se juntasen todos los obispos que se hallaban en la corte, y todos estaban inficionados del arrianismo. Hubo poco que hacer en sustanciar la causa; y sin ser siquiera oído el santo patriarca, fué depuesto como indigno del obispado, y colocado en su lugar Eusebio, el mismo que había forjado ó manipulado las calumnias y las acusaciones contra él.

Dió nuevo lustre á su virtud la tranquilidad y la humilde alegría con que recibió este nuevo sonrojo; pero considerándose inútil á su pueblo y poco seguro en Constantinopla, como también en todo el Oriente donde reinaba el arrianismo, favorecido del emperador Constancio se retiró á los estados de Constante. Noticioso del benigno recibimiento que este religioso príncipe había hecho á S. Atanasio y á todos los demás obispos que había arrojado del Oriente la persecución de los arrianos, pasó á

buscarle á Tréveris, y fué recibido de él con grandes muestras de estimación, de veneración y de bondad, prometiéndole su imperial protección con su hermano Constancio. Era á la sazón obispo de Tréveris S. Maximino, y conociendo el mérito de nuestro Santo, hizo cuanto pudo para que no experimentase las incomodidades del destierro.

Poco tiempo despues partió para Roma, donde se hallaba también S. Atanasio y algunos otros obispos orientales de los desterrados y perseguidos. Distinguióle mucho entre ellos el papa S. Julio, cuyas particulares demostraciones de cariño y de estimación acreditaron el especial concepto que hacia de su mérito y de su virtud. Convoeó un concilio en Roma, donde fué examinada la causa de muchos obispos del Oriente perseguidos é injustamente despojados por los arrianos, á todos los cuales los restableció el papa con su autoridad, mandándolos volver á sus iglesias.

Facilitó á nuestro Santo el restituirse á la suya la muerte del usurpador Eusebio, que sucedió el año de 341: libres ya los católicos del intruso arriano, recibieron por la segunda vez á su santo pastor como en nuevo triunfo; pero como el partido de los arrianos no se había enterrado con Eusebio, conducido por sus dos jefes Teognis de Nicea y Teodoro de Heraclea, ordenó al presbítero Macedonio, que se había hecho arriano, y despues se hizo heresiarca. Apoderóse de la silla patriarcal, acompañado de los sectarios, y quiso ser reconocido por obispo de Constantinopla. No pudieron sufrir los católicos que el legítimo pastor fuese arrojado de su silla tan injustamente, y se encendieron de manera, que paró la disputa en abierta sedición y en una especie de guerra civil.

Hallábase el emperador Constancio en Antioquía, donde recibió la noticia del desorden; y prevenido siempre contra nuestro Santo en favor de los arrianos, dió orden á Hermógenes, maestro de campo de la milicia que marchaba á Tracia, para que pasase por Constantinopla, y echase á Pablo de la ciudad. Fueron tantas las violencias que ejecutó aquel oficial con pretexto de su comisión, que aumentó mas el incendio; tanto, que irritados el clero y el pueblo contra él, no bastó toda la elocuencia del santo pastor para sosegarlos, ni pudo estorbar que tomasen las armas para defenderle. Creciendo el tumulto por la imprudencia de Hermógenes, le costó la vida, sin serle posible á S. Pablo el retirarse. Noticioso el emperador de lo que pasaba en Constantinopla, partió de Antioquía con resolución de hacer un ejemplar castigo de todos los que resultasen cómplices en la sedición: con

todo eso, se dejó aplacar á ruegos del senado, y á ninguno quitó la vida; pero descargó toda la cólera contra el santo patriarca, á quien trató con la mayor indecencia, arrojándole de la ciudad.

Pero estaba la dificultad en poder salir, porque los católicos guardaban las puertas día y noche, protestando altamente que antes perderian todos la vida, que perder á su santo obispo; mas el caritativo pastor, porque no fuese maltratado su rebaño, á imitacion de otro Pablo, dispuso que secretamente le bajasen por la muralla dentro de una cesta, y con el mayor secreto que pudo se retiró á Tesalónica, lugar de su nacimiento. Cuando se supo en Constantinopla la fuga del santo prelado, fué estrema la desolacion de todo el pueblo; y llegando el suceso á los oidos del emperador Constante, el año siguiente fué llamado, y por la tercera vez restituído á su iglesia.

Habia consentido Constancio en esta restitution por fuerza y contra su voluntad, por lo que dió entera libertad á los arrianos para que le persiguiesen cruelmente, y no cabe en la ponderacion lo que por espacio de cinco ó seis años le hicieron padecer aquellos enemigos de Jesucristo; insultos, calumnias, injurias, crueldades, á nada perdonaron. Siendo la faccion arriana la mas poderosa en Constantinopla, abrigada con la proteccion del emperador, se vió el Santo espuesto á mil indignos tratamientos y á continuos peligros de la vida, sin otra defensa que el amor de su rebaño.

Habia mucho tiempo que los obispos perseguidos del Oriente clamaban por un concilio general; consiguiéronle, en fin, y se celebró en Sárdica el año de 347. Hallóse en él S. Atanasio; pero á S. Pablo no le permitió concurrir el clero ni el pueblo de Constantinopla, temiendo alguna emboscada de sus enemigos en el camino. Depuso el concilio á Macedonio, y confirmó á S. Pablo, dando solemne testimonio de su inocencia.

Comenzaba el santo patriarca á gobernar su iglesia con alguna paz, cuando murió el emperador Constante el año de 350, y con esta ocasion volvió á escitarse la persecucion contra él. Libre ya Constancio del respeto y del miedo en que le tenia su hermano, y entregado enteramente á los arrianos, mandó prender al patriarca, y cargado de cadenas le envió primeramente á Singares en Mesopotamia, después á Emesa en Siria, y en fin, á Cucusa en los desiertos del monte Tauro, famosa desde entonces por el destierro de nuestro Santo, y despues por el de san Juan Crisóstomo.

No es de admirar que los arrianos hubiesen perseguido tan

cruel y tan obstinadamente á S. Pablo, estando en opinion del mas ilustre y mas ardiente defensor de la divinidad de Jesucristo, y por consiguiente del mas declarado y mas mortal enemigo de su secta. Por eso luego que le tuvieron en su poder determinaron deshacerse de él, y con este fin le encerraron en un calabozo muy estrecho y muy oscuro, sin darle de comer, con esperanza de que el hambre le quitase la vida; pero entrando á verle al cabo de seis dias, y encontrándole todavia vivo, le ahogaron con un cordel el dia 7 de enero del año 351. Así murió este glorioso defensor de la consustancialidad del Verbo, despues de haber sido arrojado cuatro veces por los arrianos de su silla patriarcal, y padecido los mas bárbaros tratamientos que pudo inventar el furor de los herejes, terminando su carrera, despues de tan esforzados combates, por un ilustre martirio en el mismo lugar de su destierro. Diéronle sepultura en Cucusa, de donde poco tiempo despues fué elevado de la tierra su cuerpo con mucho honor, y conducido á Ancyra, de donde el año de 381 el gran Teodosio le hizo trasladar con pompa y con solemnidad á Constantinopla, conduciéndole como en triunfo, y colocándole en la iglesia de la Paz, que habia reedificado el impío Macedonio, enemigo y perseguidor de nuestro Santo. Asegúrase que andando el tiempo, en el año de 1226, fué llevado el santo cuerpo á Venecia, y depositado en la iglesia de S. Lorenzo, donde es honrado y venerado con tanta devocion como concurso del pueblo.

LOS SANTOS MONGES PEDRO, WALABONSO, SABINIANO, WISTREMUNDO (ó WISTREMUNDO), ABENCIO Y JEREMÍAS, MÁRTIRES DE CÓRDOBA.

EN la sangrienta persecucion que suscitó contra los cristianos el rey de los sarracenos Abderraman en Córdoba, capital de su reino en España, por los años de 851, entre otros ilustres mártires que padecieron en ella por defensa de la fe de Jesucristo, se admiró el valor, fidelidad y constancia de Pedro, Walabonso, Sabiniano, Wistremundo, Abencio y Jeremías, que fueron víctimas del furor de los bárbaros cinco dias despues que consumó S. Isaac su sacrificio. No eran todos nacidos en el mismo lugar, ni tenian igual grado en la jerarquia de la Iglesia. S. Eulogio, testigo ocular de sus triunfos, compañero despues en el martirio, nos ha dado una relacion histórica de la naturaleza y hechos de estos gloriosos héroes.

PEDRO sacerdote, dice, natural de Ecija, ciudad considerable en la Andalucía, en otro tiempo llamada Astigi; y WALABONSO, diácono de Niebla, antiguamente Elepla en la misma provincia, habian venido en su juventud á Córdoba con el objeto de instruirse en las letras humanas y sagradas: el amor á la virtud, que ardía en el corazón de ambos, y el deseo de buscar asilo para conservar inviolable la inocencia, libres de los peligros del mundo, les hizo conducirse á la escuela de un gran siervo de Dios, llamado Frugel, superior del monasterio de Sta. María de Cateclara, pequeña poblacion, situada al occidente de Córdoba; y los fecundos talentos é incesante aplicacion en el estudio les dió á conocer bajo la direccion de tan insigne maestro la verdadera inteligencia de las santas Escrituras, y el mérito de las virtudes cristianas.

SABINIANO, natural de Froniano, lugar de la sierra de Córdoba, se habia consagrado á Dios en un monasterio de la diócesi, donde habia muchos años que observaba la vida austera, contemplativa y penitente de un perfecto religioso.

WISTRÉMUNDO era un jóven de Ecija, como el sacerdote Pedro, nuevamente profeso en la abadía de S. Zoilo, de Armilata, Almelato, ó Guadalmelato, situada en las montañas desiertas al septentrion de la misma Córdoba, donde se hallaba tambien Sabiniano retirado.

ABENCIO, natural de Córdoba, vivía dedicado enteramente al servicio del Señor en el monasterio de S. Cristobal, sito en la misma ciudad sobre la ribera del Guadalquivir, tan retirado del comercio de los hombres, que solo se dejaba ver por una ventana pequeña de los que iban á visitarle.

JEREMÍAS era de la primera nobleza de Córdoba, casado con Isabel, mujer no menos ilustre, hermana de Sta. Columba. Desprendiéronse ambos de sus riquezas para fundar un monasterio de hombres y mujeres que se llamaba Tabanense, distante de Córdoba dos leguas poco menos, donde Isabel fué abadesa, y Martín su hermano abad, y florecieron S. Isaac, sobrino de Jeremias, y Sta. Fandila, y las santas Digna, Sabigoto y Columba. En este retiro se preparaba el anciano Jeremias con ayunos para dar la vida por Jesucristo.

Todos estos seis fortisimos y muy esclarecidos varones unidos en la voluntad y resolucion de dar la vida por Jesucristo, en un mismo día á una misma hora se presentaron en Córdoba ante el tribunal, y á una voz dijéron al juez árabe: Tambien somos nosotros de la misma opinion, y sentimos lo mismo que nuestros hermanos Isaac y Sancho, á quienes por ello quitaste

la vida. Ejecuta, pues, en los presentes la sentencia que en los pasados; y si mas quisieres, acrecienta cuanta fiereza pudieres en venganza de tu profeta; porque nosotros confesamos á Jesucristo verdadero Dios, y á vuestro profeta tenemos por un fanático impostor.

Estimó el juez árabe por el mayor atentado resolucion tan generosa; y advirtiendo en la santa comitiva que era una la voz, el alma y el objeto, hizo caer contra todos una misma sentencia de muerte, mandando que les decapitasen; pero irritado sobre manera contra el venerable anciano Jeremias, á causa de algunas espresiones que vertió llenas de fuego contra el falso profeta al tiempo de la confesion, quiso que antes que sufriese el último suplicio, despedazasen su cuerpo los verdugos con crueles azotes, en cuyo castigo murió gloriosamente. Conducidos los cinco al lugar de la ejecucion de tan injusta providencia se iban alentando mutuamente á padecer por defensa de la fe, mostrando en sus semblantes una alegría tan extraordinaria como si fuesen convidados á un gran festin. En fin, fueron degollados en el día 7 de junio del año 851, logrando por este medio la corona del martirio, por la que habian suspirado tanto tiempo. No satisfecho el furor de los bárbaros con este castigo, despues que tuvieron sus venerables cuerpos atados á unos palos algunos días, los quemaron y arrojaron sus cenizas al rio para que no quedase á los fieles el consuelo de conservarlas.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion de S. Pablo, obispo, la que sigue:

Atended, ó Dios omnipotente, á nuestra flaqueza, y bienaventurado mártir y pontífice Pablo, mediante la que pues nos oprime el peso de nuestro Señor Jesucristo, que vuestras culpas, sostenednos contigo vive y reina, etc. por la intercesion de vuestro

La Epistola es del capítulo 8 del apóstol S. Pablo á los Romanos.

Hermanos: ¿Quién nos separará de la caridad de Cristo? ¿acaso la tribulacion? ¿acaso la angustia? ¿acaso la hambre? ¿acaso la desnudez? ¿acaso el peligro? ¿acaso la espada (co-

pues, estoy cierto de que ni la altura, ni lo profundo, ni muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni lo presente, ni lo futuro, ni la fortaleza, ni la

altura, ni lo profundo, ni muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni lo presente, ni lo futuro, ni la fortaleza, ni la

REFLEXIONES.

¿Quién nos separará de la caridad de Cristo? Todo aquello que fuere contra su santa ley; todo lo que se opusiere á su espíritu; todo lo que fuere contrario á sus preceptos; en una palabra; todo aquello que estingue en nosotros la gracia y la caridad: ¿Quién nos separará del amor de Jesucristo? Demasiadas cosas son las que nos separan de él; una pasión, un vil interés; nuestro amor propio. ¿Disputa por largo tiempo el amor de Jesucristo la posesión de nuestro corazón al amor de las criaturas? ¿serán muy difíciles de romper las amorosas prisiones que nos unen á nuestro dulcísimo Salvador? ¿están muy apretados estos amorosos lazos? ¿habrá hoy muchas almas generosas que puedan desafiar á las tribulaciones, á las angustias, á las persecuciones, á la espada, á lo futuro, á lo presente, á la vida y á la muerte, para que prueben sus fuerzas, y vean si son capaces de desunirlas del amor de Jesucristo? Apágase al menor soplo de viento este sagrado fuego; el amor de Jesucristo casi es peregrino y extranjero entre los cristianos; por lo menos es cierto que es muy raro; cualquiera otro amor va delante del amor de Dios. Amase al mundo, amase al propio interés, amanse todos á sí mismos. Por tanto, en tratándose de satisfacer una pasión, todo se hace fácil. Mas que sean muy penosos los servicios que pide el mundo; mas que sus máximas sean muy pesadas y costosas; mas que se le tenga por un amo duro, ingrato y rígido; todo se traga, todo se tolera, á todo se sujetan los mundanos. ¿Por qué? Porque aman al mundo. Mas que sea menester trabajar, remar, sudar, consumirse, perder la salud por hacer fortuna, nada se consulta sino á la ambición; no solo se sacrifica el gusto y la quietud, sino la misma vida. Cada cual se ama á sí mismo, y todo lo demás ha de ceder á este amor. ¿Mas qué se hace por nuestro Dios, por su amor y por su gloria? ¿qué se piensa hacer? ¿qué se sacrifica? ¿En esas ambiciosas proyectos, en esas vastas ideas, en esas empresas peligrosas se le consulta á Dios? ¿caminase hácia ellas tomando por norte las luces de la fe? ¿sirve de regla el Evangelio á todas esas medidas? ¿cuéntase mucho con la salvación y con la religion para el go-

bierno de toda nuestra conducta? ¿Quién nos separará? Pero qué, ¿estamos muy unidos á Jesucristo? Juzguémoslo por nuestra tibieza, por nuestra indevoción, por nuestras máximas, por nuestra cobardía en el servicio de Dios, por nuestro desacato en el templo, por nuestra irreverencia. ¿Unidos á Jesucristo? no lo estamos sino á nuestra sensualidad; á nuestros sentidos, á nuestras conveniencias, á nuestras inveteradas costumbres, de las cuales no nos han podido desviar todos los amorosos, todos los solícitos halagos de Jesucristo. ¿Quién nos separará del amor de Jesucristo? ¡Ah! que el día de hoy se habia de preguntar por el contrario: ¿Qué cosa será capaz de obligarnos á amar á Jesucristo, si la memoria de sus beneficios, si la consideración de su muerte, si el motivo de nuestra eterna salvación, si los amables títulos de Criador, de Redentor, de Salvador y de Padre no son bastantes para unirnos inseparablemente al que es nuestro soberano bien? Hemos tenido la desdicha de estar separados del amor de Jesucristo durante el curso de nuestra desordenada vida. Pues la muerte separará á un infeliz condenado de este mismo amor por toda la eternidad. ¡Buen Dios, qué cruel, qué funesta separación! ¡qué horrible! Pero esta es la desdichada suerte de todos los que mueren en vuestra desgracia.

El Evangelio es del cap. 5 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Habeis oído que se dijo: Amarás á tu prójimo, y aborrecerás á tu enemigo. Pero yo os digo: Amad á vuestros enemigos; haced bien á aquellos que os aborrecieren, y orad por los que os persiguen y calumnian, para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos; el cual hace que salga su sol sobre los buenos y sobre los malos, y envía la lluvia para los justos y para los injustos.

MEDITACION.

De la murmuración.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la murmuración es uno de los pecados mas graves, y por consiguiente cuyo perdón sea quizá mas dificultoso. El amor del prójimo es como la basa y el cimiento de nuestra religion; por lo menos en parte es la señal que caracteriza y distingue los discípulos de Jesucristo: *In hoc cognoscent omnes*: la señal, dice el mismo Salvador, por donde

todos conocerán que sois discípulos míos, será si os amareis los unos á los otros: *Hoc est præceptum meum*; este es mi mandamiento; que reciprocamente os améis, como yo os amo á todos. ¿Pues qué pecado hay mas opuesto á este grande mandamiento que el de la murmuracion ó maledicencia? No solo nace de un corazon avinagrado y ulcerado, sino que muerde á su enemigo, y le despedaza. Ningun ladron hace robo mas sensible; ella quita al hombre lo mas precioso, lo mas estimado que tiene. Es la reputacion un bien que no se puede enajenar; es un tesoro inestimable; en rigor ella sola es nuestro propio privativo bien. Si una vez se pierde, ninguna cosa puede resarcir esta pérdida. Pues contra este bien asesta sus tiros la murmuracion. ¡Cuántos hay en el mundo que no tienen otro! Húrtasele la maledicencia. Comprende, si puedes, la malicia de este pecado por la venganza que tomó Dios de Acab y de Jezabel, porque se apoderaron tiránicamente de la única viña que tenia el pobre Naboth.

La maledicencia á ninguno perdona. ¿Quién estará á cubierto de sus tiros? Lo mas respetable de la Iglesia y del Estado no está seguro de las dentelladas y de las envenenadas mordeduras de una lengua murmuradora y mal hablada. ¡Qué brechas no abre en la justicia, en la caridad y en la religion! Basta una sola palabra para dejar manchada de por vida la inocencia mas pura. Dió aquel pobre un desgraciado tropiezo, que solo le supo Dios, el cómplice de su miseria y algunos otros pocos tan cristianos como prudentes; borró luego con la penitencia este pecado; tiénele olvidado el mismo Dios; pero la murmuracion le resucita. Opónese á la misericordia del mismo Dios, porque eterniza, y en cierta manera castiga lo que él perdona. Escoja Dios los mas fieles y mas zelosos ministros suyos, envíe sus héroes para convertir los pecadores; un golpe de lengua hace inútiles é infructuosos todos sus trabajos; frustra, por decirlo así, los mas ordinarios recursos de la divina Providencia. ¿No es la maledicencia la que apaga la caridad, la que rompe los mas estrechos lazos, la que siembra las mas mortales discordias, la que emponzoña las acciones mas inocentes, la que enciende los odios mas irreconciliables, la que tizna la reputacion mas brillante, la que desacredita la mas sólida virtud, y la que sufoca todas las prendas y todo el mérito de los sugetos mas recomendables? Vicio execrable á los ojos de los hombres, abominable á los de Dios, peste de las comunidades religiosas. No tiene la sociedad civil enemigo mas mortal. ¿Qué pecado llegará á su fea, á su negrísima malicia?

PUNTO SEGUNDO.— Considera que la murmuracion es pecado tanto mas grave, cuanto en cierta manera casi es irremisible por la moral imposibilidad de resarcir el daño que causa.

A los pecados mas enormes puede seguirse un arrepentimiento tan vivo, una contricion tan perfecta, que Dios, cuyas paternales entrañas están llenas de amor y de misericordia con los pecadores verdaderamente contritos, se los perdone todos; todos los absuelve una confesion sincera y dolorosa; en la maceracion de la carne, y en la mortificacion del cuerpo y del espíritu, unidas á los méritos de nuestro Señor Jesucristo, hay fondos para todas nuestras deudas, digámoslo así, personales; pero estos no alcanzan para satisfacer por la detraction. Detesta en buen hora con horror este tu pecado; despedaza tu corazon con el mas vivo dolor de haberle cometido; confiesa tu culpa con la mayor sinceridad; castiga tu lengua murmuradora como merece su delito; todo es muy justo, todo muy loable, todo es de mucha importancia; pero todavia te resta una obligacion indispensable. Aquella persona inocente, cuya reputacion tan feamente manchaste, en cuyo honor echaste ese negro borron, te está pidiendo la restitution de su crédito: y ni el mismo Dios te quiere perdonar ese pecado hasta que repares el enorme daño que causaste á tu hermano, hasta que borres y laves la mancha que estampaste en su asentada estimacion. ¿Pero eso te parece que será muy fácil?

Es la reputacion aquella buena opinion que los hombres tienen de la bondad, de la virtud y del mérito unos de otros; destrúyese esta buena opinion por la detraction en el concepto de los que la oyen; ¿cómo podrá volver á repararse? Es una luz que apagó la maledicencia; ¿cómo se podrá volver á encender? ¿qué arte, qué industria bastará para desimpresionar á doscientas ó á trescientas personas de la mala opinion en que se puso al prójimo con ellas? ¿cómo se hará deponer á toda una populosa ciudad el mal concepto que se la hizo formar, especialmente á vista de la inclinacion natural que se tiene siempre á creer todo lo malo? Y cuando fuese posible que el detractor arrepentido se desdijese públicamente, ¿restituirá á la inocencia, al mérito y á la virtud todo el lustre, todo aquel esplendor que las quitó? Por mas que se desdiga el detractor, el concepto de los demás no se muda tan fácilmente. Tanta verdad es que el daño que hace el murmurador es casi irreparable, y que por lo mismo es sumamente difícil el perdon de este pecado.

Sin embargo, es un pecado tan comun, que apenas hay otro mas ordinario, ni tampoco de que menos se arrepientan los hombres. Se murmura con tanta facilidad como se habla; sin esta sal-

sa no tiene gusto la conversacion: se murmura por chanza, se murmura por cólera, se murmura por gracia, se murmura por costumbre, y falta poco para que se pretenda murmurar por acto de religion; tan comun como todo esto se ha hecho la detraction. Es una especie de persecucion que el mundo tiene como declarada á la virtud; pocos santos se libraron de ella; ella ejerció bien la paciencia de S. Pablo de Constantinopla. A nadie perdona la murmuracion; ¡pero cuál será en la eternidad la suerte de los murmuradores!

Dios mio, pues aquella reciproca caridad que tanto nos encomendais es un remedio tan poderoso contra la maledicencia, concededme, Señor, esta importantísima virtud. Ella me abrirá los ojos para que vea mis propias miserias, y me los cerrará para que no repare en las de mis hermanos; ó por lo menos ella sellará mis labios para que callen, ó no se abran sino para escucharlas.

JACULATORIAS.—Yo dije: de aquí adelante pondré gran cuidado en que no se deslice mi lengua. (*Psalm. 88.*)

Desviad, Señor, léjos de mi toda mentira y toda murmuracion. (*Prov. 30.*)

PROPOSITOS.

1 Es la murmuracion un discurso injurioso y perjudicial al honor del prójimo. Todo lo altera, y todo lo desfigura. Erige voluntariamente un inicuo tribunal para juzgar las acciones y aun las intenciones ajenas, que con presuncion y con temeridad va á indagar hasta en lo mas escondido de los corazones. Nace siempre de cierta secreta envidia de la virtud, del mérito, de los talentos y de la estimacion de los otros; por eso tira á oscurecerlos, á ajarlos, á abatirlos, afectando despreciar aquello que nunca pueden llegar á merecer. Se puede decir sin exageracion, que la maledicencia se ha levantado el dia de hoy con todo el comercio del mundo; desmaya la conversacion, desfallece, cansa, se acaba luego, si no la alegra, si no la da espíritu, si no la sostiene la murmuracion. En medio de eso, nada es mas peligroso para la salvacion, nada se debe evitar mas, nada es mas digno de temerse; una gracia, una bufonada, una pulla, una agudeza, un chiste maligno presto se dice; pero ni la herida que abre es tan fácil de curar, ni se puede fácilmente apagar el incendio que escita. ¡Mi Dios, cuántos y cuántas se han condenado solamente por la murmuracion! La malicia de este pecado, de su naturaleza siempre es

grave; el daño que causa, punto menos que irreparable; considera si será fácil su perdon. Huye con el mayor horror de este pecado; imponte una ley, no solo de no decir jamás la menor cosa que aun levemente vulnere la caridad, ó manche la reputacion del prójimo, sino de escusar siempre aun las mas visibles faltas, nunca habló de otros sino con grande estimacion. Si no puedes decir de él alguna cosa buena, calla y no hables palabra. Hay corazones tan malignos, genios tan naturalmente propensos á la mordacidad, que todo lo emponzoñan; míralos con horror, huye de su trato, y está cierto de que la inclinacion y la costumbre de murmurar es una de las señales menos equívocas de reprobacion.

2 Hay muchos modos de murmurar. Murmúrase imputando falsamente algun delito á una persona inocente, y entonces es calumnia. Murmúrase dando por cierto lo que solamente se oyó por una voz vaga y dudosa; murmúrase descubriendo una falta verdadera, pero secreta; murmúrase comunicando á otro lo que á uno se le confió; murmúrase haciendo público un hecho que sabian pocos; murmúrase diciéndoselo en secreto á una sola persona, sin grave necesidad ó motivo que obligue á hacerlo: aun tratándose de cosas públicas se puede pecar refiriéndolas con exageracion, añadiendo ribetes y particularidades que no se sabian, y las hacen mas feas, ú omitiendo de estudio algunas circunstancias que disminuyen su torpeza. Tambien se pueden interpretar mal algunas acciones que son honestas en la apariencia; y entonces, ora sean con fundamento, ora sean sin él, nuestras sospechas, es detraction el descubrirlas á otro. Hay murmuraciones habladoras, y hay murmuraciones mudas; un gesto, una risita falsa, una media palabra, cierto tonillo de voz, el mismo silencio seco y mudo pueden muy bien ser una sangrienta murmuracion. No suelen ser menos amargas las que se hacen en tono de zumba; hasta el bajo ejercicio de remedar suele ser especie de maledicencia. Propon con la mayor seriedad evitar cuidadosamente todos estos géneros de murmuraciones, y no decir jamás cosa que pueda hacer ridiculo á otro, huyendo de hablar aun de aquellos defectos que son puramente naturales.

DIA VIII.

MARTIROLOGIO.

SAN MAXIMINO, primer obispo de Aix de Francia, en la misma ciudad, tenido por uno de los discípulos del Señor.